

por costumbre y por rutina, con poco fervor y preparacion, con el corazon lleno de afectos viciosos, ¿qué extrañeza es que no experimenteis los efectos saludables de la Eucaristía? La culpa no es del alimento, sino del estómago, ó de vuestra mala disposicion. Si no frecuentais este Sacramento, ¿cómo quereis experimentar los efectos de un alimento, que no tomáis sino rarísimas veces? Por mas que un alimento sea nutritivo y sustancioso, ¿qué vigor puede dar, si solamente se toma de tiempo en tiempo? Y si Jesucristo es el alimento del alma, ¿por qué dejáis pasar semanas y meses sin recibirle? ¿por qué limitaros á recibirle solamente en la Cuaresma?... Acostumbraos á comulgar con frecuencia y buena disposicion, y entonces conoceréis por experiencia propia de cuánta eficacia es la Eucaristía para conservar la vida del alma, progresar en la virtud, y llegar felizmente al cielo, que es lo que os deseo. Amen.

PLÁTICA VII.

TRES INJURIAS QUE SE HACEN Á JESUCRISTO EN LA EUCARISTÍA.

Filios enutrivi et exaltavi, ipsi autem spreverunt me. (Isai. 1, 2).

Os he explicado, fieles míos, lo que es la Eucaristía, las disposiciones que pide y los efectos admirables que produce: todo lo que os habrá hecho venir en conocimiento del amor inefable de Jesucristo en la institucion de este divino misterio. Mi pensamiento es continuar mis instrucciones sobre esta materia, haciéndoos ver cuán mal correspondemos á este amor de Jesucristo, y la suma ingratitud con que le pagamos sus bondades.

Tres clases de personas se muestran señaladamente ingratas á Jesucristo en este adorable Sacramento: las unas hallan insípido este alimento celestial, y por esto no lo frecuentan: las otras se familiarizan demasiado con él, y por esto lo reciben sin fervor; las últimas no hacen de él un justo discernimiento, y por esto comulgan en pecado. ¿Y son posibles, diréis, estas cosas? — Parece que no, hijos, que no han de ser posibles; pero todo cabe en la miseria humana. Por lo que os diré, vais á quedar convencidos de que verdaderamente así pasa, y de que Jesucristo sufre los mayores desprecios de aquellos mismos á quienes ha hecho el alto honor de alimentarlos con su propia Carne y Sangre: *Filios enutrivi et exaltavi; ipsi autem spreverunt me.*

Es innegable, hijos míos, que muchos cristianos hallan tan insípido el Pan eucarístico, que llegan á disgustarse de él, se abstienen de comerlo lo mas que pueden, y no se resuelven á recibirlo sino á duras penas. Tal vez este es el deplorable estado de algunos de vosotros; estado que no pudiera menos que causaros grandes inquietudes y cuidados, si una vez llegáseis á comprender los fatales síntomas que presenta.

El síntoma mas cierto de una salud ya alterada, ó que comienza á alterarse, es la inapetencia de los alimentos mas sabrosos y mas propios para excitar el apetito. Desde el momento que esta inapetencia se declara en una persona, se la juzga afectada de alguna enfermedad secreta, y no se duda de que tiene dentro algun mal humor que la predomina. No importa que su color sea sano; que ella misma no sienta el mal; que diga que va muy bien en la salud sin tener cosa que le duele: el síntoma no engaña.

Ved ahí cómo debéis discurrir respecto al alimento espiritual de nuestras almas. Perder el deseo y apetito de la santa Comunión, es uno de los síntomas mas temibles para un cristiano; y verse en esta inapetencia espiritual sin entrar en sérios cuidados por la salud del alma, es la señal mas cierta de una conciencia, ó ya del todo desarreglada, ó que está muy próxima á caer en un desarreglo cabal y completo.

Ya sé, hijos míos, que vosotros lo discurrís de otro modo; que esa inapetencia de la Eucaristía la atribuíis, no á vuestra relajación, sino á los cuidados de la familia, á las distracciones del mundo, á las obligaciones del estado; y que á imitación de los convidados del Evangelio hallais un cúmulo de excusas para no comparecer al convite eucarístico. *Villam emi*, dice el uno, tengo intereses que cuidar, ¿cómo quieren que frecuente los Sacramentos? *Uxorem duxi*, dice el otro, tengo una familia que dirigir, ¿cómo podré desocuparme y hallar tiempo para la Comunión? *Juga boum emi quinque*, dice el otro, estoy en el tráfico, en un curso de negocios que me ocupan todo entero, ¿cómo será posible que vaya á comulgar con la preparación conveniente? Si alguna vez pienso en ello, el fastidio se apodera de mí y me lleva á otros objetos.

Yo te creo bien, mi amado hijo, cuando te oigo decir, que cuando piensas en ir á comulgar, el fastidio se apodera de tí. Pero ¿de dónde procede ese fastidio, sino de la relajación de vida en que miserablemente has caído? Mientras tuviste algun celo por tu salvación; mientras viviste con un tal cual fervor; mientras velaste sobre tu conciencia, bien sabías conciliar las ocupaciones del mundo con la frecuencia de la Comunión. ¿Sabes cuándo comenzaste á fastidiarte de ella? *Quando charitatem primam amisisti*, cuando comenzó á res-

friarse el fuego de caridad que ardía en tu corazón; cuando comenzaste á dejar la oración, á quitar la lectura de libros buenos, á no escuchar la palabra de Dios; cuando comenzaste á tomar gusto á las bagatelas del siglo, á sus diversiones, á sus asambleas, á sus espectáculos. Entonces fue, hijo mío, entonces fue cuando comenzaste á decir de la Comunión lo que los judíos decían del maná: *anima nostra nauseat super cibo isto levissimo*: ¿qué tantas comuniones? Esto es bueno para las que llamamos beatas, ó para los que no tienen otra cosa que hacer; no para mí que estoy rodeado de mil negocios que me lo impiden.

Yo no sé, fieles míos, si cuando habláis así, habláis de buena fe; lo que sé es, que ordinariamente la Comunión se deja porque así no se ha de entrar en pormenores con la conciencia; porque así no se ha de velar tanto sobre la propia conducta; porque así se puede llevar un cierto tenor de vida que no se aviene bien con la frecuencia de comuniones. Se conoce ser necesario una de dos, ó dejar la Comunión, ó mejorar la vida. ¿Qué se hace? Lo que cuesta menos... se deja la Comunión.

Pero ¿habeis calculado á dónde puede conducir este abandono de la Comunión? Desde el momento que la Comunión llega á ser enojosa á una persona, es evidente que ella la evita lo mas que puede, que la va remitiendo siempre de un tiempo á otro, que se limita á recibirla cuando mas una vez al año. ¿Qué resulta de esto? Resulta que así como un enfermo cuanto menos come, menos gana tiene de comer, mas aborrece el alimento, mas se debilita, mas desfallece; así esta persona cuanto menos comulga, menos gana tiene de comulgar, menos tiene de gracias, menos de fuerzas espirituales, menos de vigilancia sobre su conducta: resulta

que insensiblemente va cayendo en la tibieza, en la relajacion, en el olvido de Dios, hasta que de paso en paso llega al mas profundo de los abismos. A esto quizás aludia el Profeta cuando decia á Dios: *Ecce qui elongunt se à te, peribunt*: Señor, los que se apartan de Vos, retrayéndose de la Comunión, perecerán.

No creais, hijos míos, que yo apruebe, y aun menos que os excite á una frecuencia de comuniones hechas sin espíritu y sin devocion; al contrario, juzgo muy reprehensibles á aquellos cristianos que se familiarizan tanto con la Comunión, que van á recibirla con la misma ligereza con que hacen cualquier otra cosa. Es muy laudable comulgar frecuentemente; mas no habeis de pensar que todo consiste en hacerlo muchas veces, sino en hacerlo con la debida disposicion. ¿De qué sirve comulgar todas las semanas, si no se procura hacerlo con fervor y piedad? Mas vale una comunión hecha con piedad y fervor, que cien comuniones hechas con negligencia y frialdad.

¿De qué pensais proviene el que ciertas personas, que á lo mas comulgarán diez ó doce veces al año, tienen mas piedad, fervor y sólida virtud que otras que comulgan todos los domingos, y puede ser tres ó cuatro veces la semana? Proviene de que aquellas comulgan con la preparacion debida, disponiéndose con cuidado, purificándose de sus defectos en cuanto lo sufre la fragilidad humana; al paso que las otras comulgan como por rutina, llenas de mil defectos habituales que nunca confiesan, y si lo hacen, no es con propósito firme de enmendarlos. Ellas comulgan con frecuencia; pero no se nota en ellas ningun cambio favorable, ningun fruto sólido, ningun aumento en la virtud; antes siempre se ven las mismas pasioncillas, los mismos defectos, las mis-

mas personas. ¡Cosa extraña! Una sola comunión bastaria para hacer un gran santo; y por lo que se ve, con muchas comuniones aun no se llega á ser un cristiano tal cual.

Entiendan estas personas, que para comulgar frecuentemente no basta llevar una vida exenta de los pecados mas groseros: es menester un cuidado regular en evitar las faltas leves, á lo menos las que llamamos habituales ó de costumbre: es menester una vigilancia mediana sobre los movimientos del corazon y uso de los sentidos: es menester una aplicacion seria á los actos de piedad y á las obras de obligacion. Si de otro modo comulgan, poco provecho les harán sus repetidas comuniones.

Pasemos ahora, hijos míos, á la clase de cristianos que profanan positivamente la Eucaristía. ¿Quiénes son estos? Por el presente solo os diré, que hay una especie de sacrílegos, que en algun modo pudiéramos llamar sacrílegos de buena fe, y son aquellos que estando efectivamente en pecado mortal, no lo creen; y así no tienen ningun reparo en recibir el sacrosanto Cuerpo de Jesucristo. ¿Y son estos verdaderos sacrílegos? Ved ahí una cuestion importante y práctica, que merece toda vuestra atencion. Oid cómo la resuelve santo Tomás¹.

Pregunta este sapientísimo Doctor: si el que comulga con algun pecado mortal, que no conoce, ¿hace una comunión sacrílega? Y responde así: *Sin duda comulga sacrílegamente, si el no conocerlo es por culpa suya; lo que ordinariamente proviene ó de una ignorancia crasa del derecho, que no excusa; como si uno piensa que la simple fornicacion no es pecado; ó de una omision culpable en examinarse, contra lo que dice san*

¹ D. Thom. 3 part. quæst. 80, art. 4 ad secundum.

Pablo: Probet autem seipsum homo. Así que, aunque este pecador en su conciencia no se crea en pecado mortal, peca recibiendo el Cuerpo de Jesucristo; porque su misma ignorancia es un pecado. Otra cosa fuera si lo ignorase inculpablemente. Estos son los propios términos de santo Tomás, á los cuales nada pongo ni quito.

Segun esto, ¿creeis, hijos míos, que tantos que no tienen por pecado lo que verdaderamente lo es, son excusables delante de Dios de sus malas comuniones? ¿Creeis que tantos avaros que se tienen por justos luego que han hallado un medio de paliar sus usuras; que tantos impuros que se creen inocentes, porque, segun dicen, ignoraban que la impureza fuese pecado; que tantos padres que descuidan la educacion de sus hijos; creeis, digo, que tales personas y otras semejantes, comulgando en la falsa persuasion de que no tienen pecado mortal, dejan de hacer una comunión sacrílega? No, no; ellas no evitarán el castigo que san Pablo amenaza á los profanadores del cuerpo de Jesucristo.

Pero hay tres pecados, que tienen una oposicion mas directa con la Eucaristía, y son manantiales fecundos de malas comuniones; á saber, el odio, el hurto y la impureza.

La Eucaristía es el símbolo de la union entre los cristianos, y aun el vínculo que forma, mantiene y fortalece esta union. Así como el pan se hace de muchos granos de trigo, de tal modo confundidos entre sí, que no forman mas que un solo cuerpo; así los que reciben la Eucaristía deben mantener entre sí tal union de caridad, que formen un solo corazón y una sola alma. Esto no obstante, es cosa muy ordinaria ver comulgar en una misma mesa á personas que no se hablan, no se saludan, y de mucho tiempo nutren en sus corazones un odio mútuo é irreconciliable. Dos preguntas voy

á dirigir á estos desgraciados. Cuando os llegais al tribunal de la penitencia, ¿os acusais de ese odio ó no? Si no os acusais, ¿qué confesiones son las vuestras? Si os acusais, y á pesar de esto el confesor os permite la comunión, ¿qué especie de confesor es el que teneis?

Si no temiera desviarme de mi objeto, os propondría la estrechísima obligacion que teneis de reconciliaros con vuestro enemigo antes de comulgar; pero me contentaré con deciros, que mientras dure vuestra enemistad, os guardéis de comulgar ni en vida ni en muerte... ¡Jesús! diréis, ¿quién oyó jamás predicar una tal doctrina?—La expresion, hijos míos, no se me ha escapado inadvertidamente; la he dicho con toda premeditacion, y aun la repetiré: *mientras permanezcais en vuestra enemistad, guardaos de comulgar ni en vida ni en muerte.*

Es verdad que no comulgando por la Cuaresma, cometeréis un gran pecado; pero lo cometeréis incomparablemente mayor, si comulgais con el odio en el corazón. Es verdad que queriendo morir sin comulgar, seréis infaliblemente condenados; pero al cabo vuestra condenacion será mas llevadera y menos horrenda, que si comulgais sin haberos reconciliado con vuestro prójimo.

Otro manantial fecundo de malas comuniones es el robo. Si pudiésemos pasar revista de cuantos comulgan, ¡ay Dios mio! ¿cuántos sacrilegios veríamos por este pecado! ¿Cuántos hay que saben ó deben saber, que algunos bienes que poseen no son suyos; porque los han adquirido oprimiendo al pobre, despojando al desvalido, siguiendo y ganando pleitos por medios injustos y condenables? Y con todo comulgan... ¿Cuántos hay que retienen bárbaramente el salario de sus sirvientes ó jornaleros; que no satisfacen las deudas contraidas

por ellos mismos ó por sus padres; que no hacen las restituciones cien veces mandadas por el confesor? Y no obstante comulgan... ¿Cuántos hay que viven y engordan de la sangre del público, trampeando en sus compras y ventas, falseando las mercaderías, sirviéndose de la necesidad de los pobres para hacerles pagar las cosas mucho mas de lo que valen? Y sin embargo comulgan... ¿Y es verdad esto?—Hijos míos, si no lo fuese no lo diría.— Pero esto será porque ellos tendrán algunas razones para creer que tales cosas les son lícitas, y no les privan del derecho de comulgar.—Cómo se lo arreglan allá en su conciencia, yo no lo sé; lo que sé es, que se van á todos los diablos cargados de sacrilegios.

El tercer manantial de comuniones sacrílegas es la impureza. Son pocos los impuros que hayan purificado bien sus manchas cuando se acercan á recibir el Cuerpo purísimo de Jesucristo: son pocos los que no conservan todavía un deseo secreto de volver á sus desarreglos; deseo que descubrirían ellos mismos, si no fuesen ciegos: son pocos los que con sus prontas recaídas no den motivo de sospechar que jamás tuvieron una sincera voluntad de corregirse. Pero ellos, me diréis, confiesan antes de presentarse al altar.— Convengo: mas ¿qué confesiones suelen ser las suyas? Si quieren hablar con sinceridad, ellos mismos dirán que suelen ser confesiones de apariencia y de farsa; confesiones sin dolor, sin propósito, sin integridad; confesiones en que se trampea lo mas que se puede para que el pobre sacerdote no venga en conocimiento de las reincidencias, hábitos y ocasiones. No vale, pues, decir: *ellos confiesan antes de recibir la Comunión*; porque esto no quiere decir, sino que cometen dos sacrilegios; uno en el confesonario, otro en el altar.

Así, hijos míos, se corresponde al amor inefable que Je-

sucristo nos muestra en la Eucaristía; así se le pagan sus beneficios... unos no se dignan recibirle; otros le reciben sin fervor; otros le reciben en pecado. ¡Por Dios no seais vosotros de esos ingratos, por Dios! Recíbidle con fervor, con pureza de conciencia, y este buen Dios os llenará de bienes, y despues os dará el cielo por recompensa. Amen.

PLÁTICA VIII.

NOTICIA GENERAL DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

Pœnitementini... ut deleantur peccata vestra. (Act. III, 19).

«Si los cristianos, dice el santo concilio de Trento, fuesen tan fieles á Dios, que se mantuviesen firmes en la gracia recibida en el Bautismo, no habria habido ninguna necesidad del sacramento de la Penitencia; pero Dios, que es rico en misericordia, conociendo nuestra fragilidad y previendo nuestras caídas, ha establecido un remedio para dar la vida á los que despues del Bautismo se hubieren entregado á la servidumbre del pecado y á la potestad del demonio; y este remedio es el sacramento de la Penitencia... llamado de los santos Padres la *segunda tabla despues del naufragio*; porque es el único recurso que queda á un cristiano para salvarse, despues que ha tenido la desgracia de perder la gracia bautismal.»

De este Sacramento intento hablaros hoy: pero antes de entrar en su explicacion, no puedo dejar de advertiros, que vamos á tocar una materia que pide gran cuidado, mucho estudio y suma atencion; pues se trata de un Sacramento que, despues del Bautismo, es el mas necesario de todos; de un